

Perspectivas

Exploraciones en teología y práctica

All Israel will be saved

Volume 8 (March 2026)

Martin Scott

«Perspectivas: exploraciones en teología y práctica» continúa con la temática de la serie de libros «Exploraciones». Están concebidos para suscitar la reflexión sobre un tema concreto, además de presentar una perspectiva.

Este octavo volumen ofrece una perspectiva sobre cómo el Nuevo Testamento aborda las promesas hechas a Israel —promesas que comienzan con Abraham y sus descendientes—. También recurro a la obra de Jason Staples, quien demuestra cuidadosamente que los términos «Israel» y «judío» no son sinónimos ni intercambiables.

Los textos bíblicos citados proceden de la Nueva Versión Estándar Revisada, edición actualizada, salvo que se indique lo contrario.

Copyright © Martin Scott, marzo de 2026

Todo Israel será salvo (Rom. 11:26)

El versículo del título se encuentra hacia el final del discurso de Pablo que había comenzado en Rom. 9 y es una conclusión adecuada a su afirmación en 9:6

No es que la palabra de Dios haya fallado.

En estos capítulos se preocupa por mostrar **cómo** Dios ha sido fiel a sus promesas a Israel, concluyendo luego con la afirmación más completa: «Y **de este modo** todo Israel será salvo». Se centra principalmente en el «cómo» («de esta manera»), no en un calendario (lo que requeriría traducir y leer καὶ οὕτως (kai houtōs) como «y entonces».¹ Si Pablo hubiera querido dar un sentido temporal, lo obvio habría sido utilizar καὶ τότε (kai tote —y entonces—).

En la escatología, a menudo se hace hincapié en la tierra de «Israel» y en los acontecimientos que pueden indicar qué hora es en el «reloj de Dios». Existen acusaciones de «teología del reemplazo» (la Iglesia ha sustituido a Israel), por un lado, y de «sionismo cristiano», por otro, con

¹ Esta traducción es una forma posible, aunque marginal, de interpretar la frase. No es la forma natural de interpretarla y la forma predeterminada en que debe leerse en Pablo es «modal», no «temporal»: Rom. 1:15; 4:18; 5:12, 15, 18, 19, 21; 6:4, 11, 19; 9:20; 10:6; 11:5, 31; 12:5; 15:20. Por lo tanto, «y así / de esta manera» es la forma natural de traducir esta frase.

Del mismo modo, si hubiera querido dar a entender una secuencia temporal, habría podido utilizar otras expresiones. En el texto escribí que Pablo se «centra principalmente en el cómo», pero podría haber escrito que se centra «únicamente» en el cómo.

Esta última visión, en su forma más extrema, sostiene que existen dos caminos de «salvación»: uno para los judíos y otro para los gentiles.² Este artículo sugerirá que, para avanzar, debemos distinguir entre dos conceptos centrales: el de «Israel» y el de «judíos».³

El versículo final de Romanos 11:26 («y todo Israel será salvo») se ha interpretado como una afirmación sobre el futuro y se ha entendido en el sentido de que, en los «últimos tiempos» o en la *parusía*, habrá una conversión masiva a Jesús como Mesías. Esta interpretación plantea numerosas dificultades:

- El lenguaje utilizado no es el de una cláusula temporal, como «y entonces» o «después de esto». Describe «cómo», no algo que tendrá lugar en el futuro.
- No dice «todos los judíos», sino «todo Israel». ¡Desde luego, no dice «todos los judíos vivos en los últimos tiempos»! Es importante comprender a qué se refiere «todo Israel».
- Y con una interpretación que propone un acontecimiento futuro, nos queda la cuestión de qué pasará con todos aquellos de Israel (o todos los judíos)

² No tengo claro si escribir la palabra «gentil» con mayúscula. «Gentil» es una traducción de «to ethnos» (en singular) y tiene un significado general de «nación», además de un significado más específico que se refiere a los grupos étnicos que están fuera de la nación que tiene un pacto con Dios (es decir, aquellos que no son de Israel). Se podría argumentar que sería apropiado escribir la palabra con mayúscula cuando se refiera a este último significado y con minúscula en los demás casos. En aras de la coherencia, utilizaré la minúscula en ambos usos del término.

³ En este artículo estoy profundamente en deuda con la labor pionera de Jason Staples, en concreto con sus obras **Paul and the Resurrection of Israel** y **The idea of Israel in Second Temple Judaism**. Incluso los estudiosos más experimentados del Nuevo Testamento se limitan a sugerir que ambos términos son sinónimos.

que hubieran vivido antes de este acontecimiento futuro: si esta Escritura se refiriera a un acontecimiento futuro, ¿se limitaría la «salvación» únicamente a quienes estuvieran vivos en ese momento? Si se extiende más allá de quienes estén vivos en ese momento, cabría esperar de alguna manera que cualquiera que fuera étnicamente descendiente de Abraham hubiera estado «salvado» desde el principio —algo difícil de conciliar con la predicación de los Hechos (que llama a la audiencia a dar una respuesta y a separarse de la generación corrupta, pues hay que recordar que la audiencia era exclusivamente judía en aquellos primeros años) o con la «conversión» de Pablo.

Analizaremos esta afirmación paulina, pero por ahora señalo que **no hay ninguna indicación temporal en este versículo** y que traducirlo como una cláusula de «y entonces» es simplemente un error. «De esta manera» es realmente la única forma válida de traducir καὶ οὕτως (*kai houtōs*); no es una cláusula temporal, sino que indica un **medio** que produce un resultado o una consecuencia.

Un segundo factor a tener en cuenta es cómo utiliza aquí Pablo el término «todo Israel». Ya ha afirmado que:

«Porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni todos los hijos de Abraham son sus descendientes, sino que “por Isaac te serán llamados los descendientes”» (Rom. 9:6, 7).

Así pues, nos encontramos ante un escenario interesante: no todos los descendientes de Abraham se consideran «Israel» y, como veremos, «Israel» es también más amplio que aquellos a quienes se llama «judíos». (¡Más pequeño y más amplio!)

Un último pasaje bíblico que añadir a esta introducción es la declaración de Pablo ante Agripa:

«Y ahora estoy aquí juzgado a causa de mi esperanza en la promesa que Dios hizo a nuestros antepasados, una promesa que nuestras doce tribus esperan alcanzar, mientras adoran con fervor día y noche» (Hechos 26:6, 7).

Me estoy adelantando, pero simplemente quería señalar una dirección clave que voy a seguir, y es la diferencia entre el término «judío» y la definición más amplia de «Israel», o como Pablo utiliza aquí en su defensa ante Agripa, las «doce tribus». La esperanza escatológica era la restauración de **Israel**, una restauración que afectaría a las doce tribus, no solo a los que vivían en Judea (los judíos).

Por lo tanto, hay una serie de aspectos en los que debemos centrarnos a medida que avanzamos.

Étnico o de fe

¡Israel es a la vez más grande de lo que podríamos suponer que es «Israel» y también más pequeño! El nombre «Israel» se utiliza para referirse al pueblo de la alianza debido al patriarca «Jacob», cuyo nombre fue cambiado por el de «Israel»; ⁴el pueblo de la alianza que descende de «Abraham, Isaac y Jacob». Podríamos suponer que las doce tribus descenden de los doce hijos de Jacob/Israel, pero eso solo es cierto de forma aproximada. Los dos hijos de José (Efraín y Manasés) se describen como

⁴ «Israel» tiene tres acepciones: la tierra de Israel; las doce tribus en su conjunto; y las «diez tribus» del norte, a veces denominadas también «Efraín» (puesto que era la principal tribu del norte). Los judíos, como veremos, forman parte de Israel, pero no son «Israel». Los judíos eran los de la tribu de Judá (y se incluye a Benjamín, junto con algunos de Leví que originalmente se encontraban repartidos por toda la tierra).

dos tribus o como medias tribus, que juntas formaban la tribu de José.⁵ De hecho, Efraín llegó a ser tan importante que el uso de ese término solía indicar que se hacía referencia a todas las tribus del reino del norte.

Sin embargo, lo más importante en este contexto es la cuestión étnica. Los hijos de José nacieron en Egipto, de la hija del sacerdote de On.

Asenat, **la esposa egipcia de José**, dio a luz a dos hijos, Manasés y Efraín (Génesis 41:50).⁶

Estos hijos no solo se incluyen en Israel, sino que le confieren identidad como tribus, hasta tal punto que, en la historia posterior, «Efraín» puede utilizarse como nombre genérico para las diez tribus del reino del norte. ¡La etnicidad no estaba en el punto de mira!

En la época del Éxodo leemos que no solo salieron de la tierra los descendientes de la familia inmediata de Jacob, sino que un «extranjero» que se uniera a los de «Israel» debía ser considerado como «nativo de la tierra» y, como resultado, una **«multitud mixta»** salió de Egipto (Éxodo 12:36-38). En cuanto a las instrucciones sobre la Pascua, leemos:

Si un extranjero que reside entre vosotros quiere celebrar la Pascua,

⁵ Existen diversas listas de las tribus; por ejemplo, «José» aparece incluido en la bendición que Jacob impartió a sus hijos antes de morir (Génesis 49:3-27); en el censo de las tribus (Núm. 1:20-43) se incluyen Efraín y Manasés (ni José ni Leví figuran en la lista); y en Apocalipsis 7:5-8 la lista incluye a Manasés, Leví y José, pero omite a Dan y a Efraín.

⁶ Existe un paralelismo con el hecho de que Moisés se casara con la sacerdotisa de Madián (Jetro) y tuviera dos hijos, Gershom y Eliezer; ambos prestaban servicio en la tribu de Leví.

«Todo varón del Señor deberá ser circuncidado; entonces podrá acercarse para celebrarlo; se le considerará como un nativo de la tierra. Pero ningún incircunciso comerá de ello; habrá una sola ley para el nativo y para el extranjero que resida entre vosotros» (Éxodo 12:48, 49).⁷

Así pues, los que entran en la tierra no son todos descendientes de Abraham, pero se les considera parte de Israel **aunque no desciendan étnicamente de los patriarcas**.⁸

[Cuando llegamos al Nuevo Testamento, encontramos que Pablo afirma que aquellos que han recibido el Espíritu son descendientes de Abraham,

*Así como Abraham «creyó a Dios, y le fue contado por justicia», así también, como veis, **los que creen son descendientes de Abraham**. Y la Escritura, previendo que Dios declararía justos a **los gentiles por la fe**, anunció de antemano el evangelio a Abraham, diciendo: «En ti serán benditas todas las naciones». Por esta razón, **los que creen son bendecidos con Abraham, quien creyó...** Y si pertenecéis a Cristo, entonces **sois descendientes de Abraham**, herederos según la promesa. (Gálatas 3:6-9, 29; énfasis añadido; escrito para un público gentil).*

En los pasajes de las Escrituras relacionados con el «extranjero», era necesario que los varones

⁷ Al llegar al Nuevo Testamento, Pablo también afirma que aquellos que, a pesar de no descender étnicamente de Abraham, son de hecho descendientes de Abraham

⁸ En Éxodo, al enumerar la genealogía de Moisés y Aarón, leemos: «Los hijos de Simeón: Jemuel, Jamin, Ohad, Jachín, Zohar y Saúl, **hijo de una mujer cananea**; estas son las familias de Simeón» (6:15). La pureza racial no es el centro de atención al relatar la genealogía.

*para recibir la señal del pacto (la circuncisión), que marca su lealtad al Dios de Israel; en Pablo, la prueba es **la fe**. El resultado en ambos casos es el mismo: se les cuenta como parte del pueblo del pacto.]*

Al entrar en la tierra, leemos que **Rahab** y su familia se incorporan al pueblo de la alianza y, más tarde, que **Rut** (una moabita) se convierte en antepasada de David. En la historia de Rahab, Acán y su familia (israelitas) son **excluidos del pueblo**, mientras que ella y los suyos son incorporados. Mateo, en su Evangelio (un Evangelio muy «judío»), incluye a ambas mujeres en la genealogía de Jesús.

Caleb (un gran héroe, junto a Josué) era un kenizita, al igual que **Otoniel**, el juez. Los kenizitas eran o bien una tribu de Canaán o bien descendientes de Kenaz, un nieto de Esaú. Es la esposa de Salomón, de origen amonita, la que continúa la línea de David, y su hijo, Roboam, se convierte en su sucesor (1 Reyes 14:21).

En ese sentido, «Israel» no se limita a aquellos cuyas **genealogías** son étnicamente «israelitas», sino que incluye a un grupo más amplio cuya **lealtad** es hacia el Dios de Israel. La declaración de Rut a Noemí describe acertadamente cómo la lealtad era un rasgo que prevalecía sobre la etnia:

«Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios, mi Dios» (Rut 1:16).

Podemos añadir además los desafíos del Nuevo Testamento, como la afirmación de Juan el Bautista que se opuso a la pretensión de que la etnicidad fuera el rasgo distintivo:

«Tenemos a Abraham como nuestro antepasado», pues os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham incluso de estas piedras (Mateo 3:8).

O la réplica de Pablo a los factores «externos» como definidores de quién es «judío»:

«Porque no es judío el que lo es exteriormente, ni la circuncisión es algo externo y físico. Más bien, es judío el que lo es interiormente, y la circuncisión es una cuestión del corazón, por el Espíritu, no por la letra de la ley. Tal persona recibe alabanza no de los hombres» (Rom. 2:28, 29).

En esos pasajes encontramos tanto una **ampliación** como una **restricción** del concepto de quienes pertenecen a Israel. La lealtad al «Dios de Israel» determina si se amplía o se restringe; **la fe parece tener prioridad sobre el origen étnico**.

«Israel» incluía a quienes no descendían étnicamente de Abraham y, al mismo tiempo, era también más reducido que el «Israel» étnico. Las palabras de Pablo lo resumen así:

No es que la palabra de Dios haya fracasado. Porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, y no todos los hijos de Abraham son sus descendientes (Rom. 9:6, 7).

Esto no era exclusivo de Pablo, pues dentro del judaísmo (¿judaísmos?) esta visión «restrictiva» fue la que alimentó las diversas sectas. Cuanto más estricta era la secta, más se consideraban a sí mismos como el verdadero Israel y a los demás como infieles a los caminos de Dios y, por lo tanto, excluidos de Israel. Los «pecadores» de los que leemos en los Evangelios eran aquellos que no se consideraban parte del pueblo del pacto, aunque étnicamente pudieran ser puros.

«Ser excluido de este pueblo» significaba que, a pesar del origen étnico, el incumplimiento de la alianza exigía que esas personas fueran excluidas (Lev. 7:27, 18:29, 23:29); Pedro utiliza la misma interpretación (pero de forma muy provocativa, ya que lo centra todo en Jesús) con su exhortación a su audiencia:

«Salvaos de esta generación perversa» (Hechos 2:40).

Jesús cuestiona aún más la etnicidad en Mateo 21:43:

«Por eso os digo que el reino de Dios os será quitado y será dado a un pueblo que produzca sus frutos».

La complejidad de que Israel sea a la vez más grande y más pequeño que «Israel» significa que no podemos trazar simplemente (por ejemplo) una línea recta desde el Israel de la Biblia hasta el Estado de Israel actual.

Israel o judío

Una respuesta y una interpretación habituales de los términos «Israel» y «judío» es considerarlos simplemente sinónimos, tal y como leemos en la siguiente cita:

En términos generales, los términos «hebreos», «judíos» e «israelitas» se refieren todos al mismo pueblo: la nación que descendió de Abraham a través de Isaac y Jacob, una nación prometida y elegida por Dios en el Antiguo Testamento.⁹

La obra de Jason Staples ha demostrado que los dos términos no son simplemente dos descripciones de una misma entidad y que Pablo sigue la distinción que hacen escritores como Josefo y Filón.

Josefo (37-100 d. C.), autor de las *Antigüedades judías* (una historia de Israel), se refirió a Israel o a los israelitas 188 veces en los primeros 11 volúmenes, pero **no utiliza esas palabras fuera de esos 11 volúmenes**; utiliza el término «judío» solo 26 veces en los primeros 10 volúmenes, pero en los 9 volúmenes restantes se **refiere únicamente al término «judío»** (1162 veces), sin emplear nunca el término «Israel». Si los términos fueran intercambiables, cabría esperar una distribución mucho más equilibrada; la increíble diferencia en las estadísticas indica que estos dos términos no se refieren al mismo pueblo. Algo ocurrió en la historia que hizo que se destacara «Israel» en el período anterior, pero «judío» en los relatos relacionados con la historia posterior. Su uso indica que fueron únicamente los «judíos» quienes regresaron del exilio en Babilonia —siendo los judíos originarios del reino meridional de Judá—.

Cuando estos judíos (*Ioudaioi*) se enteraron de la piedad del rey hacia Dios y de su bondad hacia Esdras, lo amaron profundamente, y muchos recogieron sus pertenencias y se dirigieron a Babilonia, deseando bajar a Jerusalén. Pero todo el pueblo de Israel permaneció en aquella tierra. Así sucedió que solo dos tribus [Benjamín, una tribu más pequeña, y también algunos de Leví que se encontraban repartidos tanto en el reino del norte como en el del sur] llegaron a Asia y a Europa y

[https://www.timberlandchurch.org/articles/is-there-a-difference-between-hebrews-jews-and-israelites#:~:text=En%20términos%20generales,%20los%20términos%20«hebreos»,%20el%20Antiguo%20Testamento%20\(Génesis%2012:1-3\)](https://www.timberlandchurch.org/articles/is-there-a-difference-between-hebrews-jews-and-israelites#:~:text=En%20términos%20generales,%20los%20términos%20«hebreos»,%20el%20Antiguo%20Testamento%20(Génesis%2012:1-3))

(consultado el 13 de enero de 2026).

están sometidos a los romanos, pero las diez tribus se encuentran más allá del Éufrates hasta el día de hoy y constituyen una multitud incontable cuyo número es imposible de conocer (Ant. 11:132-133).

Josefo, en sus escritos de la época romana, describe a las otras diez tribus como situadas más allá del territorio romano. Su cambio en el uso del término indica que «Israel» (las diez tribus del norte que fueron llevadas cautivas en la conquista asiria del 722 a. C.) no regresó y que él no podía utilizar el término «Israel» para referirse a los judíos que regresaron.¹⁰ El término «Israel» se utilizaba para referirse a todo el pueblo o a las tribus del norte, pero nunca como sinónimo de «judíos»; los *Ioudaioi* (judíos) eran el reino del sur que sí regresó tras el exilio babilónico.

Los últimos volúmenes de Josefo abarcan la historia posterior al exilio del reino del norte (del que nunca regresaron)¹¹; por lo tanto, a los que permanecieron se les denomina «judíos». Una vez que el reino del sur regresa del exilio babilónico, Josefo se refiere al pueblo **únicamente** como «judíos»; los judíos son entonces un subconjunto de Israel y todos los judíos juntos no constituyen Israel —esto cobrará importancia cuando lleguemos a la afirmación de Pablo de que «todo Israel será salvo».

Unos párrafos más adelante, Josefo escribe:

¹⁰ Los judíos eran los del reino del sur, por lo tanto, formaban parte de Israel, pero no eran Israel; «Israel» es un término más amplio. Podríamos compararlo con los términos «escandinavo» y «noruego». Todos los noruegos son escandinavos, pero no todos los escandinavos son noruegos. «Todo Israel» es un término más amplio que «todos los judíos». Todos los judíos son israelitas, pero no todos los israelitas son judíos. (Utilizo el término «israelita» en la frase anterior porque me refiero a una categorización étnica, no religiosa; «todo Israel» no significa «todos los judíos».

¹¹ Más adelante haré una nota sobre los «samaritanos».

Desde que subieron de Babilonia, se les llamó con este nombre [*Ioudaios*] en honor a la tribu de Judá. Dado que dicha tribu era la más destacada de aquellas tierras, tanto el pueblo como el país han tomado su nombre de ella (Ant. 11:173).

Los judíos son los que proceden de la tribu de Judá —el reino del sur—. Fueron las tribus de Judá y Benjamín las que fueron al cautiverio babilónico y las que regresaron.¹²

En las Escrituras hebreas (nuestro Antiguo Testamento) y en los libros posteriores al exilio babilónico, el término «judío» se refiere **únicamente** a los que procedían de la tribu de Judá (y de Benjamín, así como a algunos de la tribu de Leví que se encontraban repartidos por los reinos del norte y del sur).

Filón de Alejandría (20-50 d. C.) utiliza igualmente el término «Israel (ita)» ochenta veces en sus obras griegas, pero **nunca** lo emplea como sinónimo de «judío», ni se refiere jamás al pueblo de su época como «Israel» o «israelitas». Al igual que Josefo, utiliza «*Ioudaios*» para referirse a los judíos de su época.

El cambio que se produce es la desaparición del reino del norte, cuyos habitantes son llevados al exilio por Asiria y, finalmente, se dispersan entre las naciones. Ese reino del norte llevaba el nombre de «Israel», mientras que al reino del sur se le denominaba Judá —las tribus se dividieron tras la muerte de Salomón—. «Israel» podía utilizarse como término para describir a todo el pueblo (descendientes de Jacob/Israel) o al reino del norte por sí solo, pero al reino del sur **nunca** se le denominó «Israel».

¹² Pablo es un judío de la tribu de Benjamín.

Esta distinción se mantiene constante en las Escrituras del Antiguo Testamento. Son los «ancianos de **los judíos**» (Esdras 6:14) quienes reconstruyen el Templo y, cuando este se consagra, se ofrece un sacrificio expiatorio por **todo Israel: doce** machos cabríos, según **el número de las tribus de Israel** (Esdras 6:17). Los «judíos» habían regresado del exilio babilónico, pero el resto de Israel no lo había hecho; de ahí que los ancianos fueran los ancianos de los judíos (no de Israel), aunque expresaban una esperanza que persistía en la restauración de las doce tribus (Israel / todo Israel), tal y como también articuló Pablo:

«Y ahora estoy aquí juzgado a causa de mi esperanza en la promesa que Dios hizo a nuestros antepasados, **una promesa que nuestras doce tribus esperan alcanzar**, mientras adoran fervientemente día y noche. Es por esta esperanza, Excelencia, por la que soy acusado por los judíos» (Hechos 26:6, 7).

La esperanza profética era para las doce tribus, ¡pero Pablo fue acusado por los judíos! La esperanza se expresó en diferentes pasajes, pero el pasaje de Jeremías «Haré un nuevo pacto» es un buen resumen de la esperanza futura de restauración (énfasis añadido a continuación): una esperanza para la casa de Israel, la plenitud de las doce tribus:

«En aquel tiempo —dice el Señor— yo seré el Dios de **todas las familias de Israel**, y ellos serán mi pueblo... Ciertamente vendrán días —dice el Señor— en que sembraré **a la casa de Israel y a la casa de Judá** con la semilla de los seres humanos y la semilla de los animales. Y así como velé por ellos para arrancar y derribar, para derribar, destruir y traer mal, así velaré por ellos para edificar y plantar, dice el Señor... Ciertamente vendrán días —dice el Señor— en que haré **un nuevo pacto con la casa de Israel**

y la casa de Judá. No será como el pacto que hice con sus antepasados cuando los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto —un pacto que ellos rompieron, aunque yo era su esposo—, dice el Señor. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días —dice el Señor—: Pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. (Jer. 31:1, 27-28, 31-33).¹³

[Nota al margen: hubo un retorno parcial del reino del norte, pero se trataba de un grupo étnicamente mixto; al tener su sede en Samaria, se les conocía como samaritanos. Nunca se les denominó «judíos», aunque se referían a sí mismos como «israelitas samaritanos» o como «guardianes de la Torá»; este contexto refuerza aún más la identificación del término «judío» como aplicable únicamente a los del reino del sur. Los samaritanos se consideraban a sí mismos israelitas (no judíos), mientras que la mayoría de los judíos los consideraban ilegítimos. El debate no versaba sobre si eran judíos —en eso todos estaban de acuerdo: no lo eran—. El debate versaba sobre si formaban parte legítimamente de Israel. Así, vemos de nuevo que ni siquiera la suma total de todos los judíos podía denominarse «todo Israel».]

¹³ Más adelante comentaremos la pregunta de los discípulos «¿Vas a restaurar el reino a Israel en este momento?», señalando que se utiliza el término «Israel» y no «Judá / judíos».

El uso estadístico de «Israel» por parte de Pablo

Pablo utiliza «Israel / israelitas» 13 veces en Romanos 9-11 y solo 7 veces en el resto de la literatura paulina (las analizaremos más adelante); no utiliza el término «Israel» en Romanos fuera de esos tres capítulos, pero emplea el término «judío» en numerosas ocasiones, y solo una vez utiliza el término «judío» dentro de esos tres capítulos.¹⁴ Su enfoque en estos capítulos se centra en «Israel / todo Israel / la restauración de las doce tribus»; fuera de ellos, se adentra en la cuestión de los judíos y los griegos (el mundo tal y como está categorizado en el que desarrolla su obra).¹⁵

Esas estadísticas por sí solas deberían llamar nuestra atención.

De las siete referencias fuera de Romanos 9-11 en las que Pablo utiliza el término «Israel», se refiere al Israel histórico/étnico. Solo una vez utiliza «Israel» para referirse a una entidad actual, el «Israel de Dios» (Gálatas 6:16),

«En cuanto a los que sigan esta regla, que la paz y la misericordia sean con ellos, y con el Israel de Dios». ¹⁶

«Y (καὶ) sobre el Israel de Dios» puede estar indicando dos grupos —«los que siguen esta regla» y «el Israel de Dios»—, o bien el uso de la

¹⁴ Rom. 9:24, donde se refiere a su época, en la que Dios ha elegido a algunos de entre los «judíos» y los «gentiles». Se refiere al momento en que «Israel» no es una entidad en su conjunto.

¹⁵ El término «judío» aparece 25 veces en los escritos de Pablo. Reserva el término «Israel» para el sentido histórico (y más amplio) de referirse a las doce tribus (en consonancia con Josefo y Filón).

¹⁶ El Salmo 125:5 dice: «¡La paz sea sobre Israel!». Pablo matiza «Israel» con «de Dios».

καὶ puede ser «epexegetico» y, por lo tanto, tener un significado aclaratorio: aquellos que siguen esta regla son el Israel de Dios. Podemos contrastar aún más esta frase con el uso que hace Pablo de «Israel según la carne» (1 Cor. 10:18). Allí se hace claramente referencia al Israel étnico (τὸν Ἰσραὴλ κατὰ σάρκα —Israel kata sarka—); en Gálatas, su término es τὸν Ἰσραὴλ τοῦ θεοῦ (Israel de Dios). El contraste entre los dos calificativos significa que, si ambos términos se aplican al Israel étnico, esto simplemente sugeriría que «no todos los que son (étnicamente) Israel pertenecen al Israel de Dios». La referencia se refiere, pues, bien a aquella parte del Israel étnico que ha respondido al Mesías (la carta a los Gálatas trata de cómo judíos y griegos están incluidos en el Mesías), bien a que está defendiendo su punto de vista de que aquellos que responden con fe (que siguen esta regla) son descendientes de Abraham (ya sean judíos o gentiles) y, por lo tanto, son el «Israel de Dios». En cualquier caso, ¡no está defendiendo dos caminos hacia la salvación!

Pablo nunca utiliza los términos «judío» e «Israel» como sinónimos (mantiene la distinción entre ambos términos, **en consonancia con otros escritores judíos de la época del «Segundo Templo»**). Fuera de Romanos

9-11, su lenguaje contrastivo habitual es «judío y griego» (Rom. 1:16; 2:9, 10, 17; 3:1, 9; 1 Cor. 1:22, 24; 12:13; Gál. 3:28) o «judío y gentil» (Rom. 3:29; 9:24; 1 Cor. 1:23; Gál. 2:14-15).¹⁷

¹⁷ Como se señala en Rom. 9, la única vez que utiliza los términos «judío» y «gentil» es en referencia a su época actual. Se refiere a lo que Dios está

haciendo en su tiempo; el contexto más amplio de los capítulos 9-11 es la defensa de las promesas de Dios a (todo) Israel.

El uso del término «griego» no se limita a quienes viven en Grecia, sino que es una descripción de los gentiles que viven en el Imperio Romano. El griego era la lengua de la parte oriental del imperio y, en el contexto de Pablo,

Concluyo esta sección con la importante aclaración de que, al leer Romanos 9-11, debemos abordarlo teniendo en cuenta que «Israel» y «judío» no son términos sinónimos. El lenguaje de Pablo en Romanos 9-11 ha cambiado con respecto a los capítulos anteriores del libro y también difiere de su lenguaje habitual en sus otras cartas. El término «judío» se reserva para aquellos procedentes del reino del sur que vivían en la tierra en su época, mientras que «Israel» conlleva una referencia histórica al pueblo en su conjunto o a la historia del reino del norte. «Todo Israel» no puede significar «todos los judíos» y debe extenderse más allá de aquellos que vivían en la tierra.

En el mundo y en la literatura judía de la época, se solía hacer referencia a Grecia y a los griegos como el contexto religioso, político y cultural con el que el judaísmo luchaba por coexistir. Por ejemplo, Zacarías espera que YHWH levante a los hijos de Sión «contra los hijos de los griegos» (Zac. 9:13 LXX); Antíoco Epífanes exhorta a los siete hermanos judíos devotos: «Disfrutad de vuestra juventud adoptando un estilo de vida griego y cambiando vuestra forma de vivir» (4 Mac. 8:8). Pablo utiliza el término «griego» como sinónimo del término «gentil», ya que ese era el mundo en el que buscaba que las personas (judías o griegas/gentiles) llegaran a la fe en Jesús. No hay distinción entre los dos términos «gentil» o «griego». Sí utiliza los términos «bárbaro» y «escita» refiriéndose también a los gentiles, pero a aquellos que se encuentran fuera del dominio romano.

El pueblo «en» el Mesías e Israel

La venida del Mesías para cumplir las promesas hechas a Abraham (Génesis 12 en adelante) y para sanar la enfermedad que padece la creación (tal y como se describe específicamente en Génesis 1-11) no es simplemente una continuación de lo ocurrido en el pasado. Leemos las Escrituras desde una perspectiva histórica y las leemos teniendo a Jesús como su cumplimiento; él cumple lo que se había escrito anteriormente. Y, sin embargo, ocurre algo más. La resurrección de Jesús cambia el «tiempo». No se trata de un cambio en la forma de medir el tiempo, sino de uno que transforma las expectativas. Un acontecimiento (la resurrección) que se esperaba que ocurriera en la plenitud de los tiempos había tenido lugar ya en el tiempo, podríamos decir antes de lo previsto. La muerte y la resurrección (de Jesús) pueden estar separadas por tres días, pero formaban parte de un mismo acontecimiento, y la resurrección marcó el inicio de una nueva era, incluso de lo que se denomina «nueva creación». Algo del futuro se hizo presente con la resurrección de Jesús. El fin no es algo que esperamos, sino que el fin (en la Persona de Jesús) es algo que acogemos con alegría. Por eso, cuando nos fijamos en el Nuevo Testamento, encontramos sorpresas y giros inesperados en lo que respecta al cumplimiento de las profecías.

Pablo lo resume con sus palabras en 2 Corintios 1:20:

«Porque en él todas las promesas de Dios son un “Sí”. Por eso, por medio de él decimos “Amén”, para gloria de Dios».

Todas las promesas que Dios ha hecho están **garantizadas** y **se cumplen** en Cristo. Centrarlo todo en Cristo significa que, en ocasiones, el cumplimiento puede parecer diferente¹⁸ de lo que se esperaba y tenemos que aceptar

¹⁸ El cumplimiento va «más allá» de lo esperado. La revelación progresiva consiste de lo menor a lo mayor, nunca al revés.

limitarse a tomar una promesa del Antiguo Testamento y tratar de proyectarla hacia el futuro ¹⁹. El cumplimiento escatológico es más importante, y parece ser esta la razón por la que Pablo dice que a Abraham se le prometió el «mundo» (*kosmos*) y no la «tierra» (*ge*) ²⁰.

¿La Iglesia sustituye a Israel?

Existe una teología denominada «supersesionismo», según la cual se afirma que la Iglesia sustituye o reemplaza a Israel. Esto puede expresarse de forma muy sencilla o, con mayor matiz, diciendo que Jesús cumple fielmente el llamado de Israel y que aquellos que están en Cristo son el centro de los propósitos de Dios. La perspectiva contraria es la que expresa el dispensacionalismo: que hay dos caminos diferentes hacia la salvación, uno para Israel y otro para aquellos que han llegado a la fe en Jesús. Una vez oí a un judío mesiánico decir: «En el Nuevo Testamento, los primeros creyentes tenían claro que los judíos necesitaban a Jesús, pero no estaban seguros respecto a los gentiles. Ahora, dos milenios después, «¡Hemos invertido ese enfoque, en el que estamos seguros de

¹⁹ Tenemos que hacer lo mismo con las diversas leyes. ¡Ni las derogamos todas excepto las que se afirman en el Nuevo Testamento, ni las mantenemos todas excepto las que han sido explícitamente anuladas! La tendencia es adoptar uno u otro enfoque. Se trata de una cuestión de continuidad y discontinuidad, y toda la Escritura debe pasar por el filtro de Jesús.

²⁰ Esto no queda explícito en las promesas a Abraham, pero el paralelismo con Adán y el jardín del Edén abre esta vía. El jardín repleto de frutos no iba a ser el límite de la administración de Adán (de la humanidad). El jardín pudo haber sido el punto de partida, pero la tierra fue entregada a la humanidad (Sal. 115:16). Se podría trazar una línea a partir de la promesa a Abraham sobre la tierra, pero la línea queda plenamente trazada cuando se razona, como hace Pablo, partiendo del futuro tal y como se cumplió a través de Jesús.

que los gentiles necesitan la salvación, pero no estamos seguros respecto a los judíos!».

Esto es sin duda cierto en el caso de quienes defienden dos caminos para la salvación.

Podemos fijarnos en la controversia que se produjo en los primeros capítulos de Hechos. En ellos queda claro que «no hay otro nombre» por el cual las personas puedan ser salvadas (Hechos 4:12). La audiencia de Pedro eran judíos de Jerusalén y él les dijo que no podían recurrir a los patriarcas («otros nombres») como garantía de su salvación; luego, cuando los gentiles comenzaron a responder a Jesús, la cuestión era cómo debían relacionarse con la ley. Los gentiles que se convertían al judaísmo aceptaban la Torá y sus instrucciones; entonces, ¿qué respuesta se exigía a los gentiles que manifestaban su fe en Jesús, el Mesías de Israel? Parte de lo que resultaba escandaloso en el nuevo movimiento mesiánico era que a los gentiles se les concedía la plena inclusión **sin que tuvieran que** someterse a la ley ²¹.

La creencia que he destacado anteriormente (la de dos caminos separados) es algo que rechazo ²²y la visión alternativa (la de que la Iglesia sustituye a Israel) deseo matizar en cierta medida.

El título que he planteado como pregunta («La Iglesia sustituye a Israel») plantea en sí mismo algunas cuestiones. Siempre existe el peligro de utilizar

²¹ Y no debemos pensar en el judaísmo como una religión de obras; la ley actuaba como un límite y se consideraba un don de gracia de Dios para el pueblo. Por el contrario, tampoco debemos considerar que la entrada de los gentiles fuera fruto de una gracia barata (estar libre de la Torá no es sin ley). Pablo se comprometió a lograr «la **obediencia** de la fe entre todos los gentiles por amor a su nombre». (Rom. 1:5).

²² Siendo Jesús el camino, y el evangelio el poder de Dios para la salvación de **todo** aquel que cree, primero del judío y también del griego.

La palabra «iglesia» plantea el problema de que, casi inevitablemente, le hemos atribuido un significado o concepto predeterminado. Sin embargo, si transcribimos la palabra griega subyacente (*ekklesia*), vemos que la pregunta resulta, en efecto, extraña. ¡A Israel se le denominaba *ekklesia*!

²³ Por lo tanto, resulta extraño plantear la pregunta «¿sustituye la *ekklesia* a la *ekklesia*?».

Tenemos que profundizar más. Intentemos, pues, ampliar un poco esta idea. Como se ha comentado anteriormente en este artículo, lo fundamental para la identidad de Israel era la fe: la fe triunfaba sobre la etnicidad. Israel siempre fue más pequeño que los límites étnicos y, sin embargo, siempre más grande que cualquier límite étnico, ya que la fe trazaba una circunferencia más amplia.

Antes de la era en la que se afirmaba que «Jesús es el Mesías prometido», cuando los gentiles se hacían obedientes a la Torá, eran incluidos como parte de Israel; este énfasis continuó entre ciertos seguidores judíos de Jesús, de ahí los desacuerdos dentro del movimiento primitivo de Jesús. La controversia que se desató se resolvió cuando se decidió que los seguidores gentiles de Jesús no estaban obligados a ser obedientes a la Torá.

Las Escrituras hebreas y la trayectoria del círculo más amplio

Un pasaje fundamental de las Escrituras que confería identidad a Israel era el de Éxodo 19:5, 6,

²³ Término habitual en la traducción griega de las Escrituras hebreas para describir a Israel como la comunidad que responde a Dios; de ahí que se dijera que Moisés estaba con la *ekklesia* en el desierto (Hechos 7:38).

Ahora, pues, si obedecéis mi voz y guardáis mi alianza, seréis mi pueblo preciado entre todos los pueblos. En efecto, toda la tierra es mía, pero vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa.

Pedro utiliza ese pasaje de las Escrituras en 1 Pedro 2:9, 10 (y continúa citando a Oseas en relación con el rechazo de Israel y su alejamiento),

Pero vosotros sois un pueblo elegido, un sacerdocio real, una nación santa, el pueblo propio de Dios, para que proclaméis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa.

Antes no erais un pueblo,

pero ahora sois el pueblo de Dios;

antes no habíais recibido misericordia,

pero ahora habéis recibido misericordia.

A menos que Pedro se dirija a un grupo exclusivo de judíos que siguen a Jesús, está claramente atribuyendo a estos seguidores de Jesús términos descriptivos que se utilizaban para Israel. La reunificación de Israel en una relación con Dios se cumple a través de aquellos (gentiles) que responden a Jesús.

Pablo, en 2 Corintios 6:16-18, reúne varios pasajes del Antiguo Testamento al advertir a los cristianos gentiles:

¿Qué acuerdo tiene el templo de Dios con los ídolos? Porque nosotros somos el templo del Dios vivo, como dijo Dios:

“Habitaré en ellos y andaré entre ellos, y

seré su Dios,

y ellos serán mi pueblo. Por tanto,

salid de en medio de ellos,

y apartaos de ellos —dice el Señor—,

y no toquéis nada impuro;
entonces yo os acogeré,
y yo seré vuestro padre,
y vosotros seréis mis hijos e hijas —dice el
Señor Todopoderoso».

Aquí cita y alude con audacia a una gran cantidad de textos del Antiguo Testamento, entre los que se encuentran Levítico 26, Ezequiel 37, Isaías 52, Ezequiel 20 y 2 Samuel 7. ¡Esos textos del Antiguo Testamento se refieren a Israel, y la última alusión es a David! Pablo cita textos que estaban centrados en Israel y los aplica a un grupo (¿predominante/exclusivo?) de conversos gentiles. A las citas y alusiones les sigue la provocativa afirmación: «Puesto que tenemos estas promesas» (2 Cor. 7:1). No escribe «puesto que ellos tienen estas promesas», sino «puesto que **nosotros**». ¡Él (y es judío) equipara a estos conversos con Israel!

Identifica a los conversos, independientemente de su origen étnico, con los «antepasados» de Israel. Esos antepasados, escribe, son **nuestros** antepasados:

No quiero que ignoréis, hermanos y hermanas, que nuestros antepasados estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar (1 Cor. 10, 1).

Aunque los corintios no forman parte de Israel **desde el punto de vista étnico**, Pablo dice que están incorporados a Israel.²⁴ Esto parece ser algo que

²⁴ Al escribir a los corintios, Pablo los describe como antiguos gentiles:

«Sabéis que **cuando erais gentiles**, fuisteis seducidos y desviados hacia ídolos que no podían hablar» (1 Cor. 12:2); y en Filipenses escribe a los «gentiles» y los llama «circuncisión».

«Porque nosotros somos la circuncisión, los que adoramos en el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, y no confiamos en la carne» (Fil. 3:3).

Esto es muy coherente en Pablo y, cuando lleguemos a los capítulos de Romanos (9-11), quedará muy claro en su visión que los brotes de olivo silvestre han sido injertados en el único olivo.

Hay un pasaje más extenso en Efesios 2:

Así pues, recordad que en otro tiempo vosotros, los gentiles por nacimiento, llamados «los incircuncisos» por aquellos que se llaman «los circuncidados» —una circuncisión hecha en la carne por manos humanas—, recordad que en aquel tiempo estabais sin Cristo, **alejados de la comunidad de Israel y ajenos a los pactos de la promesa**, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora, en Cristo Jesús, **vosotros**, que antes estabais lejos, **habéis sido acercados** por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz; en su carne ha hecho **de ambos uno** solo y ha derribado el muro divisorio, es decir, la hostilidad que había entre nosotros, aboliendo la ley con sus mandamientos y ordenanzas, para crear en sí mismo, a partir de los dos, **una nueva humanidad**, haciendo así la paz, y para **reconciliar a ambos** con Dios en un solo cuerpo por medio de la cruz, dando así muerte a esa hostilidad por medio de ella. Así pues, vino y anunció la paz a vosotros, los que estabais lejos, **y** la paz a los que estaban cerca, pues por medio de él ambos tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu. Así pues, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino **conciudadanos de los santos y también miembros de la familia de Dios**, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo el propio Cristo Jesús la piedra angular; en él toda la estructura se une y crece hasta convertirse en un templo santo en el Señor, en quien también vosotros sois edificados juntos espiritualmente como morada de Dios (Ef. 2:11-22, énfasis añadido).

El pasaje casi no necesita comentario, pero señalo que «los gentiles / los incircuncisos», que anteriormente tenían la condición de estar «fuera de la comunidad de Israel y ajenos al pacto», habían sido acercados, de modo que la división entre los dos grupos había terminado; los gentiles se habían convertido ahora en conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios. «Ser acercados» era la expresión utilizada para describir lo que había ocurrido cuando los gentiles se convertían al judaísmo.²⁵

Lo que se describe no es un «sustitución», sino **una incorporación**, y el fundamento se basa en el de «los apóstoles y los profetas». ²⁶

En el capítulo 3 de Efesios, que sigue a la cita anterior, Pablo revela que lo que no se comprendía antes de la resurrección ahora se había revelado. Ese misterio consistía en que los gentiles se habían convertido **en partícipes de la promesa de Dios**, lo que solo podía significar que habían sido incorporados a Israel. El misterio revelado altera cualquier secuencia temporal esperada: no se trata de algo que tenga lugar después de la restauración de Israel (como parecen indicar ciertas Escrituras del Antiguo Testamento), sino que ocurre simultáneamente, y estaba ocurriendo sin la

²⁵ El sermón de Pedro en el Día de Pentecostés recoge que la promesa era para los allí presentes, para las generaciones posteriores y para «los que están lejos». La expectativa del Antiguo Testamento de que los gentiles se unieran tras la restauración; el misterio que se le ha revelado a Pablo es que esto no era un acontecimiento futuro, sino actual, y que estaba ocurriendo sin que los gentiles se sometieran a la Torá, tal y como había sido el requisito para quienes se convertían al judaísmo. En este contexto, es posible entender que se trata de los proclamadores de la voluntad de Dios de lo que podemos denominar (en retrospectiva) el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento.

voluntad de Dios de lo que podemos denominar (en retrospectiva) el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento.

²⁶ En este contexto, es posible entender que se trata de los proclamadores de la

los gentiles que se sometían a la Torá.

En generaciones anteriores, este misterio no se había dado a conocer a la humanidad, pero ahora ha sido revelado por el Espíritu a sus santos apóstoles y profetas: es decir, que los gentiles se han convertido en coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa en Cristo Jesús a través del Evangelio (Efesios 3:5, 6).

En estos pasajes, todos los que están en Cristo son ahora partícipes como descendientes de Abraham, por lo que se puede decir que están incorporados a Israel (¿el Israel de Dios?). Si nos basamos en las palabras de Pablo en Gálatas, donde insiste en que la «simiente» de Abraham es singular y que esa simiente singular es el Mesías ²⁷, se deduce que todos los que están en Cristo son, por lo tanto, descendientes de Abraham.

La pregunta de Hechos 1:6

¿Se equivocaron por completo los discípulos con su pregunta sobre la «restauración del reino»? Y quizás lo más importante: ¿cómo debemos entender la respuesta de Jesús? ¿Es una afirmación de que primero hay una labor que realizar y **luego** el reino será restaurado a Israel, o es su respuesta una reorientación?

La pregunta que plantearon los discípulos es comprensible, ya que concuerda con la esperanza que se había expresado constantemente. En la visión de los huesos secos que vuelven a la vida leemos:

²⁷ Ni en inglés ni en griego se encuentra Pablo en terreno firme desde el punto de vista lingüístico, pero su argumento es teológico.

Así dice el Señor Dios: Sacaré al pueblo de Israel de entre las naciones adonde ha ido, lo reuniré de todos los rincones y lo llevaré a su propia tierra. Los convertiré en una sola nación en la tierra, en los montes de Israel, y un solo rey reinará sobre todos ellos. Nunca más serán dos naciones, y nunca más se dividirán en dos reinos. Nunca más se contaminarán con sus ídolos y sus abominaciones, ni con ninguna de sus transgresiones. Los salvaré de todas las apostasías en las que han caído y los purificaré. Entonces serán mi pueblo, y yo seré su Dios (Ez 37, 19-23).

La visión de la restauración consistía en que aquellos que habían sido dispersados (las tribus del norte / Israel / Efraín) fueran reunidos de los lugares donde habían sido dispersados y se reunieran con el reino del sur (Judá y la tribu más pequeña de Benjamín) bajo un solo rey. En Isaías leemos que la tierra estaría desolada hasta que «se derramara un espíritu desde lo alto» (Is 32, 15) y Pedro dice que esto había tenido lugar efectivamente:

«Habiendo sido, pues, exaltado a la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que veis y oís» (Hechos 2:33).²⁸

Había llegado una nueva era de cumplimiento. La gran visión de la restauración estaba, por tanto, a la vista; el Mesías había resucitado de entre los muertos, por lo que podemos comprender la pregunta de los discípulos:

²⁸ Podríamos señalar además la comparación con Moisés, quien ascendió a lo alto y de allí descendió la ley. La entrega de la Torá se celebraba en la fiesta de Pentecostés. También debemos señalar que, cuando descendieron las tablas de piedra, murieron tres mil personas (Lev. 43:38), lo que contrasta con los tres mil que respondieron a las palabras de Pedro el día de Pentecostés (Hechos 2:41).

Así que, cuando se reunieron, le preguntaron: «Señor, ¿es este el momento en que vas a restaurar el reino a Israel?».

En respuesta, Jesús aleja claramente a los discípulos de centrarse en el tiempo, pero **los involucra en un proceso**. Al hacerlo, utiliza un marco de Isaías que se refiere al siervo (Israel, Isaías, el Mesías y ahora los discípulos) como «testigo».

Pero recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra (Hechos 1, 8).

Al reflexionar sobre los pasajes de Isaías, podemos ver que abordan el tema de la restauración de Israel. He aquí algunos pasajes de Isaías que sustentan la respuesta de Jesús, y debemos prestar especial atención al último:

He aquí a mi siervo, a quien sostengo,
mi elegido, en quien mi alma se complace;
he puesto mi Espíritu sobre él;
él traerá justicia a las naciones (Is. 42, 1).

Vosotros sois **mis testigos** —dice el Señor—,
y mi siervo a quien he elegido (Is. 43, 10)

He aquí a mi siervo, a quien sostengo,
mi elegido, en quien mi alma se complace;
he puesto mi espíritu sobre él;
él traerá justicia a las naciones (Is. 44:26).

Y ahora dice el Señor:
el que me formó en el seno materno para ser su siervo,

para hacer volver a **Jacob** a él,
y **para que Israel se reúna con él**, pues soy
honrado a los ojos del Señor,
y mi Dios se ha convertido en mi fortaleza
—dice él—:
«Es muy poco que seas mi siervo
para levantar a las tribus de Jacob
y restaurar a los supervivientes de
Israel; te haré luz para las naciones,
para que mi salvación llegue **hasta los confines de la tierra**» (Is
49, 5-6).

Desde Jerusalén y Judea (el mundo judío) hasta los samaritanos (¿son «de Israel» o no lo son? —pero son una señal que apunta hacia la restauración de Israel)... y luego «hasta los confines de la tierra». ²⁹
Basándonos en Isaías 49, llegar hasta los confines de la tierra **es** la reunión de las «tribus de Jacob / Israel». Por lo tanto, debemos entender la respuesta de Jesús (en resumen) como:

- No os centréis en el momento.
- Centráos en el proceso.
- Y el proceso influye en el momento, pues en él se está llevando a cabo la restauración del reino a **Israel**.³⁰

Entiendo que este último punto significa que, a medida que la misión se extiende a los confines de la tierra, la reunión de las tribus de Jacob

²⁹ La versión bíblica de la que estoy citando dice «extremos de la tierra» en Hechos y «extremo de la tierra» en la cita de Isaías, pero el griego subyacente es el mismo en ambos casos: ἕως ἑσχάτου τῆς γῆς.

³⁰ Nota: «Israel» no es sinónimo de «judíos»; y en la restauración, «Israel» se define por la fe (un grupo más reducido que todos los que descienden étnicamente de Abraham, **pero** también más amplio que aquellos que descienden étnicamente de él).

tiene lugar **simultáneamente** con la «conversión» de los gentiles.³¹

Promesas «para siempre»

El Nuevo Testamento cambia las expectativas, y eso es quedarse corto. No se trata simplemente de que el Mesías vaya a ser crucificado, sino de elementos como la «secuencia de acontecimientos» tal y como se percibía. La expectativa de que se produzca la restauración de «Israel» y de la tierra, y de que los gentiles vengan entonces a adorar al Dios de Israel, se cumple mediante una «misión» gentil que **es** la restauración de Israel³². Por lo tanto, las promesas de las Escrituras hebreas deben interpretarse (y ampliarse) a través del prisma del Nuevo Testamento. Las Escrituras están centradas en Jesús.

En cuanto a la cuestión de las promesas que son «para siempre» —rey, sacerdotes y tierra—: las dos primeras encuentran su cumplimiento claramente en Jesús, quien

³¹ «Así, como escribiré más adelante, creo que debemos interpretar a Pablo en Romanos cuando dice «de este modo todo Israel será salvo». ¡La misión gentil» es crucial para la restauración de Israel!

³² Esto ocurre de dos maneras. 1). Aquellos que están dispersos entre las naciones de las «tribus de Jacob» se incorporan a medida que las naciones (*ta ethne* —literalmente «las naciones», pero utilizado en el sentido de las naciones que no son «Israel», es decir, los gentiles) son acogidas. Muchos de los que descendían étnicamente de Abraham se encontraban entre las naciones en mayor o menor grado de asimilación. 2). A medida que los gentiles reciben el Espíritu («Y Dios, que conoce el corazón humano, les dio testimonio dándoles el Espíritu Santo, tal como lo hizo con nosotros, y al purificar sus corazones por la fe no ha hecho distinción entre ellos y nosotros» (Hechos 15:8, 9)), son declarados «de Israel / descendientes de Abraham», aunque no tengan que someterse a las obras de la ley. Este es el misterio que, según Pablo, ahora ha sido revelado; por lo tanto, no existe una expectativa futura de la «conversión» de Israel fijada en un calendario.

es a la vez «sumo sacerdote» e «hijo de David». ³³ El cumplimiento, sin embargo, no es algo que alguien pudiera deducir razonablemente a partir de declaraciones del Antiguo Testamento como la que leemos en Jeremías:

«Porque así dice el Señor: A David nunca le faltará un varón que se siente en el trono de la casa de Israel, y a los sacerdotes levitas nunca les faltará un varón ante mi presencia para ofrecer holocaustos, presentar ofrendas de cereal y realizar sacrificios para siempre» (Jer. 33:17, 18).

Los cumplimientos desafían claramente las expectativas, y lo que podría considerarse la «lectura literal» de las Escrituras no parece ser la dirección hacia la que se encaminan los cumplimientos. Es muy probable que la tierra siga un camino similar, y sin duda la promesa relativa a la tierra «para siempre» se enfrenta a un interesante desafío cuando leemos que Pablo insiste en que a Abraham se le prometió el mundo (*kosmos* — Rom. 4:13). La misión exterior de los Hechos va en dirección opuesta a la conquista de la tierra, y se pueden observar muchos paralelismos en la narración, en la que la conquista gradual de la tierra se convierte en la expansión gradual del alcance del evangelio.

El templo: para siempre

También podemos añadir una afirmación de «para siempre» sobre el templo que Salomón construyó:

³³ La promesa de que la estirpe de Aarón fuera un «sacerdocio perpetuo» (Éxodo 40:15; Números 25:13) llega claramente a su fin o cumplimiento en Jesús y en la *ekklesia* encarnada. Del mismo modo, no existe una línea ininterrumpida de descendientes en el trono; Jesús es el «hijo de David», por lo que reclama ese derecho. El autor de la Epístola a los Hebreos ve a Jesús como el «Gran Sumo Sacerdote» a pesar de proceder de la tribu «equivocada». (No estoy seguro de que su exégesis se considere válida, y además difumina aún más el aspecto étnico al sugerir que la ascendencia (sacerdotal) de Jesús proviene de alguien que no es descendiente de Abraham: ¡Melquisedec!)

«Por ahora he elegido y consagrado esta casa para que mi nombre permanezca allí para siempre; mis ojos y mi corazón estarán allí para siempre» (2 Crón. 7:16).

Y, sin embargo, la gloria abandonó el templo y el hecho de que el velo se rasgara de arriba abajo en el momento de la crucifixión confirma que la presencia perpetua de Dios en el templo no iba a ser la expectativa futura. La Gran Comisión de Mateo es paralela al edicto de Ciro (2 Crón. 36:22-23) de construir un templo en Jerusalén, pero va en una dirección opuesta. La Gran Comisión tiene en su esencia una orientación centrífuga; un templo no de piedras físicas, sino de discípulos (de las naciones) que se convierten en morada de Dios por medio del Espíritu (Mateo 28:7-20; Efesios 2:19-22).

La promesa de morar en la casa de Salomón para siempre parece significar claramente «mientras la casa permanezca en pie». El término «para siempre» es o bien condicional (obediencia/desobediencia) o bien tiene una duración limitada: «hasta» que se produzca el cumplimiento.

En el Nuevo Testamento hay 112 referencias al «templo». En los Evangelios, 58 veces se refiere al templo de Herodes y 8 veces a Jesús, siendo su resurrección la restauración del templo; en Hechos, las 25 veces que aparece la palabra se refiere al templo de Herodes o a un santuario pagano; en las epístolas, 3 veces se refiere al templo de Jerusalén y una vez a un santuario pagano; luego, 6 veces se refiere bien al individuo como «templo» o al pueblo como «templo» para el Espíritu Santo; y, por último, en el Apocalipsis encontramos 12 referencias, ya sea a un templo celestial o directamente al Señor Dios.

No hay expectativa de que se restablezca o se construya un templo. La aplicación de la palabra en el Nuevo Testamento se refería bien a algo existente, bien a Dios, a Jesús o a los creyentes como templo.

El templo, con su triple división, era un mapa cósmico. El Lugar Santísimo representaba el cielo más alto, el Lugar Santo representaba los cielos visibles y el atrio exterior, la tierra.³⁴ La visión final no es la de un templo restaurado, sino la de una ciudad sin templo en su interior; el cielo desciende a la tierra y **la Nueva Jerusalén llena toda la tierra**; esa ciudad tiene la misma forma (cúbica) que el Lugar Santísimo. El desgarrar del velo es, por tanto, un gesto altamente profético del movimiento de Dios hacia el exterior: la restauración de la creación. No es la reconstrucción de un templo lo que va a ser el resultado de ese movimiento.

La tierra: condicional

La promesa de la tierra, tal y como leemos en Génesis 17:8

«Y te daré a ti y a tu descendencia después de ti la tierra en la que ahora eres forastero, toda la tierra de Canaán, en posesión perpetua, y yo seré su Dios»

es condicional (Dt 4,40; 28,63) y, en Hebreos, la tierra se interpreta como un signo de una herencia más allá de lo físico una tierra delimitada que se

³⁴ En el tabernáculo, dentro del Lugar Santísimo, se colocaban querubines (criaturas celestiales que rodean el trono de Dios); los cortinajes del Lugar Santo eran de «azul, púrpura y escarlata» —que representaban el cielo— y las lámparas de los candelabros debían representar el sol, la luna y las estrellas; el atrio exterior, con la gran pila de bronce (denominada «mar») y el altar construido con piedras sin labrar, representaba la tierra. conocía

como «Israel» (Heb. 11:13-16).

Hay una progresión desde el Jardín del Edén hasta el de Israel y su tierra donde mana leche y miel, y un cumplimiento en la era venidera. Esa era venidera es la que nos da forma aquí y ahora.

Una pareja →	Un pueblo →	Ni judíos ni griegos	Una multitud innumerable ←
Jardín →	Tierra →	Ciudadanía en el cielo: que venga tu reino	Una ciudad: unión del cielo y la tierra ←
Expulsados →	Exilio →	Emmanuel	Dios entre ellos ←
Preparación para la carrera de Derecho	Derecho	Espíritu	

Antes de abordar el extenso pasaje de Pablo en Romanos 9-11, he aquí un resumen de lo visto hasta ahora.

- El término «judío» se aplicaba a los habitantes del antiguo reino del sur, que habían regresado a la tierra tras el exilio babilónico. El término «Israel» se utilizaba para referirse al reino del norte y al conjunto de las doce tribus.
- Existía la esperanza de la restauración de Israel. Eso no podía significar simplemente una restauración de Judá o de los judíos. La pregunta debe entenderse en ese contexto.

- Esta restauración se estaba llevando a cabo a través de la misión entre los gentiles. Los miembros de las tribus del norte se encontraban dispersos por todas las naciones y, por lo tanto, a medida que las naciones eran llevadas a la obediencia a Cristo, entre esos gentiles se encontraban los del reino del norte; pero, además, a medida que los gentiles encontraban la fe en el Mesías, eran incorporados a Israel. La misión entre los gentiles permitió a los de Israel más allá de Judá descubrir que la fe en Jesús era el cumplimiento de su esperanza, **y** significaba que los gentiles que respondían eran incorporados a Israel.
- Esos gentiles no se convirtieron en **judíos** (sino que fueron incorporados a **Israel**). Y no se les exigió que siguieran la Torá para manifestar su lealtad al Mesías.
- La recepción del Espíritu fue clave en esto, no solo para ellos, sino también para aquellos que descendían étnicamente de Abraham. («Porque **todos** los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios»). Esto se aplicaba a todos, tanto a los que descendían étnicamente de Abraham como a los que recibieron el Espíritu, aunque étnicamente pertenecieran a las «naciones».

Ahora, al llegar a Romanos 9-11, podemos ver cómo esos capítulos concuerdan con esas conclusiones provisionales.

Romanos 9-11: Un repaso rápido

[¡Primero, un repaso aún más rápido! Dado que los argumentos de Pablo

son a veces algo densos y hay que prestar atención a su uso del lenguaje, ¡empezaré por ofrecer un resumen!

*A Pablo le preocupa demostrar que Dios ha sido fiel a sus promesas hacia el pueblo al que describe como su propia carne y sangre (los israelitas — un término étnico—; no utiliza el término «Israel», ya que este debe explicarse teológicamente, como hace a continuación). Insiste en que Dios no ha abandonado sus promesas y extrae de la historia que no todos los que descienden físicamente de Abraham son «Israel», aunque sean «de Israel». Basándose en las Escrituras, utiliza la ilustración de Ismael e Isaac: ambos eran descendientes **étnicos** de Abraham, pero la «descendencia» proviene de Isaac. A continuación, recurre a la historia de Esaú y Jacob, en la que Jacob es el elegido, y la elección no se basa en **las obras**. Al utilizar esas dos ilustraciones, lo que está diciendo en esencia es que ni el linaje **étnico** ni siquiera vivir según las **obras** (de la Torá) son suficientes. Esos son los dos fundamentos sobre los que «Israel» podría reclamar ser la verdadera «descendencia» de Abraham.*

Dios no ha rechazado a su pueblo —prueba de ello es que el propio Pablo ha encontrado la fe— y la historia nos enseña que aquellos que eran verdaderamente el pueblo de la alianza siempre fueron un remanente (una parte del todo). Menciona a Elías y a los 7.000 fieles para ilustrar este punto.

Israel siempre se ha comparado con un olivo y, tal y como muestra la historia, las ramas infieles han sido cortadas, las ramas restantes se nutren de la raíz y, al mismo tiempo, se han injertado «ramas silvestres». Él advierte a esas ramas que no sean arrogantes y ofrece esperanza a las ramas que actualmente

*han sido cortadas para que sean injertadas de nuevo —siempre que se arrepientan, no es algo que vaya a ocurrir simplemente de forma automática—. Esas ramas silvestres proceden de los gentiles o de las naciones... entre esas «otras naciones» se ha sembrado el reino del norte de «Israel/Efraín». Así pues, a medida que se injertan las «ramas gentiles», tienen lugar dos aspectos: las tribus del norte se incorporan (pues estaban dispersas entre las naciones) y los gentiles se incorporan a Israel. El árbol que es podado y al que se le han injertado las ramas silvestres **es Israel**; por eso Pablo concluye: «De este modo, todo Israel será salvo». Todo Israel es el olivo. No todos los que pertenecen a Israel son Israel, pero Israel es el olivo —más pequeño que todos los israelitas étnicos; pero más allá de un remanente de judíos; y más grande que el Israel étnico].*

¡Ahora la versión un poco más larga!

No resultaba controvertido sugerir que no «todos los descendientes de Abraham» participarían en la salvación definitiva. El rabino Simmai dijo que, del mismo modo que solo 2 de cada 600 000 entraron en la tierra prometida, lo mismo ocurriría en «la era mesiánica». No debemos suponer que Pablo esté presentando en estos capítulos algo que justifique por qué no todos «los de Israel» están respondiendo a su evangelio. **Más bien, está defendiendo por qué la restauración de Israel no está ocurriendo como cabría esperar**³⁵y, además, por qué se está incluyendo a los gentiles incircuncisos. Teniendo en cuenta esos dos elementos, la cuestión se centra en **la fidelidad de Dios** a sus promesas.

³⁵ Existía la expectativa de que los gentiles se unieran **tras** la restauración de Israel. Es evidente que los gentiles ya se estaban uniendo, y ni siquiera como prosélitos. No se estaban convirtiendo en judíos que creían que Jesús era el Mesías, sino en coherederos de las promesas hechas a Israel.

Algunos han sido infieles, pero (por el contrario) Dios no ha sido infiel:

¿Y qué si algunos fueron infieles? ¿Acaso su infidelidad anulará la fidelidad de Dios? (Rom. 3:3).

Pablo insiste en que Dios no ha rechazado a Israel:

Pregunto, pues: ¿ha rechazado Dios a su pueblo? ¡De ninguna manera! Yo mismo soy israelita, descendiente de Abraham, de la tribu de Benjamín. Dios no ha rechazado a su pueblo, al que conoció de antemano (Rom. 11:1, 2).

¿Cómo puede entonces Pablo demostrar que Dios ha sido fiel a Israel? A continuación se esboza el razonamiento al que nos lleva Pablo.

Digo la verdad en Cristo —no miento; mi conciencia lo confirma por el Espíritu Santo—: tengo gran tristeza y angustia incesante en mi corazón. Porque desearía ser yo mismo maldito y separado de Cristo por el bien de mis propios hermanos y hermanas, mi propia carne y sangre. Son israelitas, y a ellos pertenecen la adopción, la gloria, los pactos, la entrega de la ley, el culto y las promesas; a ellos pertenecen los patriarcas, y de ellos, según la carne, procede el Cristo, que está por encima de todo, Dios bendito por los siglos. Amén (Rom. 9:1-5).

Siente una profunda angustia por aquellos que son «su propia carne y sangre», a quienes describe como «israelitas» (Ἰσραηλίτης). Los identifica a nivel étnico; no se refiere a ellos como «Israel», lo que tendría un mayor peso teológico —son israelitas, pero quizá no todos sean «de Israel», como afirma más adelante—. Se refiere

a ellos **desde un punto de vista étnico** y reconoce lo que les ³⁶«pertenece» y que el Mesías es, étnicamente, de entre ellos ³⁷.

Llegamos entonces a la afirmación que él defenderá: «No es que la palabra de Dios haya fallado» (9:6). Dios es fiel y, en el fondo, está su convicción de que «Israel» es más reducido que el Israel étnico. Utilizo la edición actualizada de la NRSV, que lamentablemente omite un elemento clave del desarrollo del argumento de Pablo. He aquí su traducción:

«Porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni todos los hijos de Abraham son sus descendientes, sino que “por Isaac te serán llamados los descendientes”» (9:6, 7).

En realidad, todos los descendientes de Israel son «israelitas», tal y como él ya ha señalado. **Étnicamente**, son israelitas. De hecho, Pablo escribe que no todos los que son de Israel (ἐξ Ἰσραήλ) son Israel (Ἰσραήλ). Ser «de / descendiente de Israel» significa que son israelitas (una definición étnica), pero no significa que sean de Israel (una definición basada en la fe o la fidelidad). Esto queda claramente establecido cuando utiliza el término «simiente» (sperma: σπέρμα), que se traduce más arriba como «descendientes». La simiente es la simiente de la promesa (y Pablo sostiene en Gálatas que **la** simiente de Abraham es Jesús). Esta primera respuesta consiste en definir quién es Israel, definición que se delimita por la fe y no por el origen étnico.

³⁶ Un elemento que podría ser digno de mención es que se refiere a los «pactos» como algo que les pertenece. Pactos (en plural) y, como se ha señalado anteriormente en este artículo, el «nuevo pacto» anunciado en Jeremías se estableció con toda la casa de Israel. No podemos sugerir simplemente que el «antiguo pacto» fuera con Israel y el «nuevo pacto» con los cristianos.

³⁷ Romanos 9:1-5.

«Israel», argumenta, nunca ha incluido a todos los descendientes de Abraham (Isaac, no Ismael; Jacob, no Esaú, son los dos ejemplos que utiliza Pablo). Dios siempre preservará a Israel, pero esto no implica una participación automática y universal de todos los «israelitas».

La palabra de Dios no ha fallado (9:6) cuando solo un remanente es «salvado».

La referencia a Isaac y no a Ismael ilustra claramente que no «todos los descendientes de Abraham» son Israel: **la etnia** no cuenta automáticamente (ambos tienen a Abraham como padre); y luego, con la referencia a Jacob y Esaú, Pablo se adentra en otro ámbito, pues «antes de que hubieran hecho nada bueno o malo» uno fue elegido y el otro no; esto, en mi opinión, es más que un comentario indirecto sobre la Torá, ya que añade que la elección no se basa en las «obras». ³⁸ Dos aspectos: ¡ni el origen étnico ni el cumplimiento de la Torá son necesariamente suficientes! La promesa, y no el origen étnico ni la adhesión a la Torá, es lo fundamental. El origen étnico por sí solo no basta y se requiere algo más profundo que la adhesión a la Torá. ¡Qué contundente!

La pregunta que surge de nuevo es la de cuestionar la justicia de Dios:

¿Qué vamos a decir entonces? ¿Hay injusticia por parte de Dios? ¡De ninguna manera! (9:14).

Los versículos siguientes (el faraón y el endurecimiento del corazón) pueden parecer que dan la razón a quienes consideran que la «soberanía de Dios» implica la predestinación (e incluso la doble predestinación), pero debemos señalar que Pablo cita Éxodo 33:19, donde Dios dice lo que él

³⁸ «Obras de la Torá» es una expresión habitual en Pablo y también en los escritos rabínicos.

concede es compasión y misericordia, ¡no misericordia y condenación!

Pues le dice a Moisés:

«Tendré misericordia de quien tenga misericordia, y tendré compasión de quien tenga compasión» (9:15).

Ahora llegamos al Faraón y, antes de examinar los versículos con un poco más de detalle, hay que señalar algunos puntos, únicamente debido a la forma en que se invocan estos versículos en relación con la predestinación, algo que, en mi opinión, no forma parte de la visión de Pablo en este contexto.

- Lo que sigue en la exposición de Pablo se centra en la misericordia de Dios: no leemos «sino en Dios, que muestra misericordia y juicio», sino solo «sino en Dios, que muestra misericordia» (9:16).
- El enfoque no está en la salvación individual, sino en los propósitos de Dios en la historia, que actúan para garantizar que exista un pueblo de la promesa.
- Además, no deberíamos centrarnos tan estrictamente en la salvación individual hasta el punto de excluir la «salvación» colectiva como fin.³⁹
- Se presta atención al faraón, pero como líder de la nación de

³⁹ Por ejemplo, en el contexto de la historia de los judíos de la época de Jesús, se decía que Jesús «salvará a su pueblo de sus pecados» (Mateo 1:21). Los versículos anteriores presentan una genealogía que atraviesa el exilio babilónico, y los pecados del pueblo provocaron el exilio de la tierra. Aunque de vuelta en la tierra siguen siendo un pueblo oprimido, no están libres del exilio. Jesús romperá la condición de exilio para que puedan cumplir el propósito del pacto. La salvación es colectiva (su pueblo) y es de sus pecados, no «del infierno». No debemos perder de vista la salvación individual ni el juicio futuro, pero, al mismo tiempo, debemos centrarnos en la salvación colectiva como fin. Estos capítulos de Romanos tratan de un escenario colectivo: cómo Dios es fiel a sus promesas a un pueblo colectivo.

Egipto: no es descabellado entender que esto implique también una aplicación a la nación de Egipto. Los israelitas no solo son liberados del faraón, sino también del sistema faraónico dominante.

- La analogía de la alfarería puede malinterpretarse como si implicara una elección arbitraria por parte de Dios; si así fuera, Pablo difícilmente estaría respondiendo a la acusación de que Dios es injusto (9:14), y debemos sostener que Pablo no pretende contrastar la misericordia y el juicio en su respuesta.
- La analogía de la alfarería sirve para subrayar lo difícil que es trabajar con la arcilla. Y tanto aquí, en Pablo, como en otras referencias bíblicas, la arcilla tiene voluntad propia.

El alfarero y la arcilla

Esta analogía del alfarero y la arcilla no es nueva para Pablo, ya que la arcilla es una imagen habitual de la forma en que Dios trata a la humanidad y a Israel en particular. Como veremos, la cuestión es que la arcilla es difícil, no que Dios sea arbitrario. Encontramos esta imagen, por ejemplo, en Jeremías 18. Un versículo clave es el 4:

El vaso que estaba haciendo con arcilla se estropeó en la mano del alfarero, y él lo volvió a moldear para hacer otro vaso, según le pareció bien.

¡No es fácil trabajar con la arcilla! En Jeremías, el alfarero (Dios) es incapaz de continuar con el proceso debido al «defecto» de Israel, por lo que desmenuza la arcilla, vuelve a empezar y la convierte en un recipiente diferente al que tenía previsto inicialmente. Esto es lo que hará con Israel, pero también leemos en los versículos siguientes:

En un momento dado puedo declarar acerca de **una nación** o un reino que lo arrancaré, lo derribaré y lo destruiré; pero **si esa nación, de la que he hablado**, se aparta de su maldad, cambiaré de opinión respecto al desastre que pretendía traer sobre ella.

Y en otro momento puedo declarar acerca de una nación o un reino que lo edificaré y lo plantaré, pero si hace lo malo ante mis ojos, sin escuchar mi voz, entonces cambiaré de opinión respecto al bien que tenía pensado hacerle (Jer. 18:7-10).

En ese pasaje leemos cómo **responde el alfarero a las decisiones que toma cada nación en particular**. Si se apartan del mal, serán moldeados en un tipo de vasija; y si no, en otro.

Dios, como alfarero, no actúa de forma arbitraria. Dios (el alfarero) toma decisiones, pero estas no se presentan como predeterminadas ni arbitrarias, ni mucho menos.

El último versículo de ese pasaje de Jeremías indica que Dios está moldeando a Babilonia para convertirla en un recipiente (de ira) contra Judá:

«Ahora, pues, di al pueblo de Judá y a los habitantes de Jerusalén: Así dice el Señor: Mirad, yo soy un alfarero que moldea el mal contra vosotros y traza un plan contra vosotros. Volveos ahora, todos vosotros, de vuestro mal camino, y enmendad vuestras vías y vuestras obras» (Jer. 18:11)

Volviendo a las palabras de Pablo en Romanos, observamos en los pasajes del Éxodo que hubo un proceso de falta de arrepentimiento por parte del faraón, pues leemos que endureció su corazón. No se apartó del mal, lo que provocó que Dios le endureciera el corazón; o, en palabras de Pablo, que el faraón fuera endurecido (en el horno) como un vaso de ira. Este endurecimiento no es arbitrario, sino que la decisión de Dios fue una respuesta a cómo

la «arcilla» había estado respondiendo.

Pablo cita Éxodo 9:16 en relación con el hecho de que Dios suscitó al faraón con un propósito. No debemos entender esto como una referencia velada a alguna elección divina predeterminada desde la eternidad pasada. Se refiere a la paciencia de Dios (Rom. 9:22) al no destruir al faraón.

Pero por eso te he dejado con vida: para mostrarte mi poder y para que mi nombre resuene por toda la tierra. Sigues ensalzándote contra mi pueblo al no dejarlo marchar (Éxodo 9:16, 17).

Dios a) soporta al faraón a pesar de su orgullo y b) el «nombre» del Señor será exaltado a través de la resistencia del faraón.

Dos vasos

También debemos señalar otro aspecto de los dos vasos (los vasos de la misericordia y los vasos de la ira). Pablo utiliza dos verbos diferentes en dos «modos» distintos con respecto a estos dos vasos. A menudo surge la frustración entre los comentaristas a la hora de comprender lo que Pablo pretende comunicar. Unos cuantos comentarios al respecto podrían servir de ayuda.

Dios «soportó» con mucha paciencia a los vasos de ira (9:22). El verbo traducido aquí como «soportó» solo se utiliza en este pasaje del corpus paulino, pero encontramos una expresión muy similar en la LXX de Jeremías 50:25. Cuando se da un uso poco habitual de una palabra o frase, suele deberse a que Pablo tiene en mente algún pasaje del Antiguo Testamento. En Jer. 50:25 leemos:

«El Señor ha abierto su armería y ha sacado las armas de su ira».

Se emplea el mismo verbo que en Romanos 9:22. En Jeremías se traduce como «sacado», y la conexión que Pablo establece con «con mucha paciencia» recuerda lo que dijo anteriormente (Romanos 2:4), donde la paciencia tenía por objeto conducir al arrepentimiento. Un comentario más antes de intentar reunir los diversos elementos. Los vasos están «destinados» a la destrucción. De forma sistemática, en la literatura paulina y en el Nuevo Testamento en general, este verbo (κατηρητισμένα) se traduce como «fijados» o «restaurados»⁴⁰; no da a entender que estos «vasos» hayan sido predestinados a ser lo que llegaron a ser, sino que Dios los lleva con paciencia, dándoles tiempo para arrepentirse, pero luego —debido a su respuesta

—, son fijados o «reparados» para convertirse en lo que llegan a ser. Así ocurrió con el faraón: él endurece su corazón; Dios es paciente, y luego el faraón es «fijado» como vaso de ira y, como tal, cumple un propósito divino. Una vez más nos encontramos con que la «arcilla» tiene voz y voto en el resultado.

Repito: el uso de la analogía del alfarero no pretende mostrar la arbitrariedad de Dios, sino la renuencia de la arcilla a ser moldeada en «un vaso de misericordia». A pesar de la obstinación de la arcilla (y de la paciencia de Dios), el resultado es que el vaso endurecido se utiliza para un propósito diferente en el curso de la historia.⁴¹ Las naciones extranjeras rebeldes se convirtieron en

⁴⁰ Por ejemplo, en Gálatas 6:1, los maduros deben «restablecer» al que ha caído; en 1 Tesalonicenses 3:10, Él desea «subsana» lo que les falta en su fe.

En otros pasajes se utiliza en el sentido de «arreglar» las redes (Mc 1,19).

⁴¹ Quizá se haya observado que he utilizado sistemáticamente el término «recipiente» en lugar del término «objeto». Lo he hecho porque la palabra es σκευος (*skeuos*), cuyo significado común es jarra, recipiente o plato. De manera sistemática, en las Escrituras se consideraba a una nación extranjera como el «recipiente» a través

el recipiente a través del cual Dios juzgaba a Israel. Estas naciones, aunque no eran obedientes a Dios, cumplían un propósito: juzgar, castigar e incluso «destruir» al pueblo del pacto. Este es el aspecto principal que Pablo tiene en mente (con el Faraón) en el contexto inmediato.

Por el contrario, existen «recipientes de misericordia» que han sido preparados (activamente) de antemano.⁴² En este último caso, Dios está muy implicado, actuando sobre la respuesta para lograr un resultado «positivo»; en el caso anterior, el resultado es, en gran medida, natural. Dios forma dos vasos distintos a partir de la misma masa de arcilla; esta «misma» masa podría ser la de Israel: unos se convierten en vasos de misericordia, otros que no responden se convierten en vasos de ira. Probablemente Pablo está pensando más allá de Israel, pues dice que los vasos no proceden solo de los judíos, sino también de los gentiles (9, 24).

El versículo que cita de Oseas, donde Dios declara que el reino del norte no será su pueblo (Os. 1:9 —y un tema más amplio en Oseas—), no es simplemente un caso en el que Pablo haga una interpretación discutible

sobre a quién recayó el castigo de Dios en Israel. Los asirios, los babilonios y otros fueron «vasos de ira».

⁴² Aquí se emplea un verbo diferente al utilizado para la «designación» de los vasos de ira; no solo un verbo diferente, sino también un «modo» diferente. Con los vasos de ira se utiliza un modo pasivo; con los vasos de misericordia, se utiliza el modo activo. Esto no quiere decir que Dios no intervenga en la «creación» de los vasos de ira, sino que el sentido es que esto es lo que les sucede; con los vasos de misericordia, Dios interviene de forma muy activa. Si la arcilla no responde a Dios, entonces se pondrá en marcha un curso de acción: no son creados para un uso especial; si la arcilla se somete a las manos del alfarero, este crea entonces, a partir del mismo trozo (¿Israel o la humanidad? / ¿o se refiere a ambos?), vasos de misericordia: son creados para llevar la misericordia de Dios tras haber recibido la misericordia de Dios.

aplicación a los gentiles de un texto que, en su contexto original, estaba dirigido a Israel (el reino del norte). Como consecuencia del cautiverio asirio, Israel había sido esparcido entre las naciones y se había convertido en un «vaso inútil»,

Israel ha sido devorado; ahora se encuentra entre las naciones como un vaso inútil (Os. 8:8).

La desobediencia de Israel mereció el juicio y el rechazo, pero esa no iba a ser la última palabra. Llegaría un día en que Dios los volvería a acoger, y los «que no son mi pueblo» se convertirían en «mi pueblo». ¿Dónde se encontraban esas tribus del norte? Entre las naciones gentiles. Pablo dice no solo «de entre los judíos», sino también de aquellos que están entre las naciones (literalmente «de las naciones»: ἐξ ἐθνῶν; Rom.

9:24). El enfoque principal de Pablo es la restauración de aquellos que regresaron del exilio babilónico (los judíos) **y** de aquellos que no habían regresado tras el cautiverio asirio (Israel). Se aferra a la idea de que Dios es fiel a toda la casa de Israel.⁴³ No se centra en los judíos de su época ni trata de explicar por qué no responden de todo corazón al evangelio; se centra en explicar que Dios no ha sido infiel a sus promesas a **Israel**.

Los que tienen fe (judíos o gentiles) han alcanzado la justicia (9:30-32) y los que no han logrado dar el paso de confiar en Jesús (9:34) han tropezado con la piedra de tropiezo.

⁴³ De los «judíos» y «de entre las naciones» se llegará a la salvación de «todo Israel», pero esto no significa «todos los judíos» ni «todos los israelitas». La reunión / restauración se produce «a partir de» las tribus, lo que concuerda con su postura fundamental de que no todos los que descienden étnicamente de Abraham son «Israel».

Había llegado una nueva era.

Esta centralidad de Jesús como medio para alcanzar la justicia es lo que Pablo destaca a lo largo del capítulo 10. La fe en Jesús se convierte en el factor unificador —y también en el factor divisorio—. Para Pablo, Jesús es el centro. Él es el Señor de todos y la fe en Jesús es la puerta de entrada a la salvación.

Pues no hay distinción entre judíos y griegos; el mismo Señor es Señor de todos y es generoso con todos los que le invocan. Porque «todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo» (Rom. 10: 12, 13).

Las cuatro citas bíblicas al final del capítulo (10, 18-21) alternan entre los gentiles e Israel (étnico/histórico). Los gentiles han oído; Israel no ha comprendido; los gentiles han encontrado la fe; Israel ha sido desobediente y rebelde. Esto prepara el terreno para la inevitable pregunta retórica del versículo inicial del capítulo 11:

¿Ha rechazado Dios a su pueblo?

Esta podría haber sido la conclusión, pero Pablo la rechaza enérgicamente (μή γένοιτο: una negación muy enfática). Él mismo es un ejemplo de que Dios no ha rechazado a «su pueblo» y, a continuación, se remite a una época en la que Israel era «desobediente y rebelde»: durante la época de Elías, quien se había mantenido fiel a Dios, pero no era el único que permaneció fiel en aquellos tiempos oscuros, pues 7.000 se mantuvieron fieles. Pablo dice que lo mismo ocurre en su época: como siempre, también ahora un remanente, una parte del grupo más amplio, ha respondido a la gracia de Dios.

El «remanente» o los «elegidos» están separados del resto.⁴⁴ Dios no ha rechazado a su pueblo... pero no todos «de Israel» son «Israel». (Aquí volvemos a ver la idea de que «Israel» es más pequeño que el Israel (étnico); más adelante nos encontraremos con la idea de que «Israel» es más grande que el Israel (remanente).)

Pablo divide a Israel entre «el remanente» y «los demás». El remanente alcanzó «eso» (¿la justicia por la fe?)⁽⁴⁵⁾, mientras que los demás se endurecieron. Pablo utiliza una palabra diferente para el endurecimiento de «los demás» (πωρόω - *pōroō*)⁴⁶ que la que había empleado anteriormente para el faraón (σκληρύνω - *sklērunō*). El endurecimiento del faraón fue el de un recipiente de barro que entra en el horno, lo que indica un estado definitivo; no es así en el caso de Israel: hay esperanza.

Israel ha experimentado un endurecimiento, un tropiezo (11:11); ciertas «ramas han sido cortadas» (11:17): Pablo describe la situación utilizando terminología y analogías diferentes, pero nunca acepta que la situación sea necesariamente permanente. La situación no es permanente, pero tampoco es automático que «todos» vayan a ser restaurados; depende de «que no persistan en la incredulidad» (11:23).

⁴⁴ Esto podría ser un motivo para considerar que Pablo había estado sugiriendo que la masa de la que se formaron los dos vasos era Israel.

⁴⁵ Staples ofrece una interpretación fascinante del uso que hace el Nuevo

Testamento del texto «el justo vivirá por la fe» y lo aplica de manera cristocéntrica a Jesús, el Justo. Por lo tanto, adopta un enfoque ligeramente diferente en cuanto a lo que se alcanza.

⁴⁶ Este verbo aparece otras cuatro veces en el Nuevo Testamento, refiriéndose a Israel y a los discípulos de Jesús cuando no comprendían (por ejemplo) el significado del milagro de la multiplicación de los alimentos. El texto de Hebreos en el que se exhorta a los lectores a no endurecer sus corazones utiliza el mismo verbo que Pablo emplea para el faraón. Los dos verbos (*pōroō* y *sklērunō*) no son equivalentes directos.

Pablo advierte a los gentiles que han sido injertados que no deben ser arrogantes y afirma que su propia labor entre los gentiles consiste en provocar celos en sus hermanos y hermanas étnicos (11:14)⁴⁷ para que **algunos** de ellos puedan ser salvados. Oscila entre un realismo que habla de «algunos» y un optimismo expresado con palabras como «plena inclusión» (πλήρωμα - plērōma) o «vida de entre los muertos»⁴⁸.

Quiero que comprendáis este misterio, hermanos y hermanas, para que no os creáis más sabios de lo que sois: un endurecimiento ha caído sobre una parte de Israel hasta que haya entrado el número completo de los gentiles. Y de este modo todo Israel será salvado (11:25, 26).

El endurecimiento (la incapacidad de comprender) que había caído sobre «una parte» de Israel había significado que, en la práctica, Pablo se había vuelto hacia los gentiles⁴⁹ y, espiritualmente, que los gentiles estaban experimentando que el Dios de Israel los estaba acogiendo⁵⁰. El endurecimiento no fue iniciado por Dios, pero ahora era muy

⁴⁷ Los celos son la preocupación o el temor de que otra parte haya ocupado el lugar de uno. Si Dios se está manifestando claramente entre los gentiles, eso debería provocar una reacción, unos celos.

⁴⁸ Hay alusiones al valle de los huesos secos, donde se plantea la pregunta de si los huesos secos pueden volver a la vida; además, la inclusión (*plērōma*) probablemente no se refiera a algo como «el número completo», sino a estar plenamente incluidos.⁴⁹ En los Hechos se recogen algunos momentos decisivos en los que Pablo cambió su enfoque, pasando de dirigirse a las sinagogas a centrarse directamente en los gentiles; por ejemplo, Entonces tanto Pablo como Bernabé hablaron con valentía, diciendo: «Era necesario que la palabra de Dios se anunciara primero a vosotros. Puesto que la rechazáis y os consideráis indignos de la vida eterna, ahora nos dirigimos a los gentiles» (Hechos 13:46).

⁵⁰ Dos testimonios de los Hechos dan fe de que el Dios de Israel acogía a los gentiles en los mismos términos en que acogía a los judíos que habían encontrado la fe en el Mesías,

algo evidente para quienes creían que Jesús era el Mesías designado por Dios. Aunque no fue una iniciativa de Dios, acabó sirviendo a los propósitos de Dios, lo que dio lugar a que las riquezas llegaran a las naciones / gentiles.

El olivo es Israel (término utilizado también en este sentido en el Antiguo Testamento); esto está claro, pero es necesario exponer con claridad las implicaciones de la descripción que hace Pablo de este proceso:

- ¡El olivo podado es Israel! No podemos decir que el olivo sea Israel y que las ramas que han sido cortadas también sean Israel. Esas ramas cortadas siguen siendo israelitas, pero no son «Israel».
- Las ramas cortadas pueden volver a injertarse. Dios tiene el «poder» para hacerlo, pero ellas deben responder para que eso ocurra (11:23). La cuestión no está del «lado» de Dios, sino que reside en aquellos a quienes «pertenece los pactos» y «a través de quienes ha venido el Mesías».
- Las ramas de olivo silvestre injertadas se injertan en el olivo. Se injertan en «Israel». Se produce una purificación de sus corazones para que sean adoptados en la única familia de Dios.

Una sola familia; los gentiles que se someten al Dios de Israel, que resucitó a Jesús de entre los muertos, pueden describirse, por tanto, como aquellos que **«eran gentiles»**. Ahora son descendientes de Abraham.

Dios ha concedido incluso a los gentiles el arrepentimiento que conduce a la vida (Hechos 11:18).

Y Dios, que conoce el corazón humano, les dio testimonio dándoles el Espíritu Santo, tal como lo hizo con nosotros, y al purificar sus corazones por la fe no ha hecho distinción alguna entre ellos y nosotros (Hechos 15:8, 9).

¿Existe algún plazo en el que Pablo espera que se produzca la conversión a Jesús como Mesías **una vez que** haya entrado la plenitud de los gentiles? La palabra «hasta» podría sugerirlo, aunque no estoy convencido de ello. La preposición ἄχρι puede tener ese sentido, pero igualmente puede significar «mientras / durante». Pablo podría haber esperado una respuesta importante entre sus compatriotas, pero se ha centrado en un **proceso** mediante el cual Dios está siendo fiel, **no** en un calendario que indique cuándo será fiel Dios. Podría haber utilizado expresiones que lo dejaran claro, como «después de eso» o «y entonces». Simplemente emplea un lenguaje relacionado con el proceso y continúa diciendo «y de esta manera» (lenguaje de proceso) todo Israel será salvo.

Jason Staples ofrece otra sugerencia intrigante respecto a la expresión «plenitud de los gentiles / naciones». Se trata de una traducción directa del texto hebreo al griego de Génesis 48:19. Allí leemos cómo Jacob bendice a Efraín (el nombre genérico dado a las diez tribus que fueron expulsadas de la tierra durante el cautiverio asirio)

Pero su padre se negó y dijo: «Lo sé, hijo mío, lo sé; él también se convertirá en un pueblo, y también será grande. Sin embargo, su hermano menor será más grande que él, y su descendencia se convertirá en una multitud de naciones».

La última frase, traducida literalmente, dice que Efraín se convertirá en una «plenitud de naciones / gentiles» (naciones y gentiles son la misma palabra). La sugerencia, pues, es que Pablo se refiere a esta bendición profética sobre Efraín, en la que la descendencia de Efraín se identifica tanto como «la plenitud de los gentiles» como con el reino del norte; por lo tanto,

la «plenitud de los gentiles» es también lo que se necesita para que «todo» Israel sea salvo.

No creo que Pablo esté planteando una «línea temporal» en la que Israel se endurezca y los gentiles sean los destinatarios de la misericordia hasta que esta les sea retirada; si así fuera, el «tiempo de gracia» para los gentiles llegaría entonces a su fin.⁵¹

Su «hasta que» no significa necesariamente «y entonces algo diferente», y cuando a continuación añade inmediatamente «de este modo todo Israel será salvo», en lugar de «y **entonces** se eliminará el endurecimiento». El endurecimiento no es algo que Dios les haya infligido (por lo que, en teoría, podría eliminarlo más adelante), sino una incapacidad para percibir que Jesús era, efectivamente, el Mesías prometido.

Unos versículos más adelante leemos lo que está ocurriendo **ahora**, no de forma escalonada (destaco la palabra «ahora» en el texto).

Así como vosotros fuisteis en otro tiempo desobedientes a Dios, pero **ahora** habéis recibido misericordia a causa de su desobediencia, así también ellos han sido **ahora** desobedientes para que, por la misericordia que se os ha mostrado, también ellos puedan **ahora** recibir misericordia. Porque Dios ha encerrado a todos en la desobediencia **para poder tener misericordia de todos** (Rom. 11:30-32).

⁵¹ Por supuesto, esto es lo que sugeriría el dispensacionalismo con sus dispensaciones impuestas a las Escrituras. La gracia permanece hasta la *parusía*, gracia para judíos y para gentiles.

Existe una lectura variante que omite ese último «ahora», pero los mejores manuscritos lo incluyen. No es que vayan a recibir misericordia **entonces**, sino que el Evangelio proclama que la misericordia está disponible (**ahora**) para todos (Dios es misericordioso con judíos y griegos, con todos los que invocan el nombre del Señor).

Resumen y comentarios finales sobre «todo Israel»

A Pablo le preocupa mostrar cómo Dios es fiel a las promesas que ha hecho, promesas que fueron hechas a Israel. Si Dios hubiera hecho promesas a Israel y ahora las hubiera abandonado por Pablo, eso plantearía un problema en cuanto a la fidelidad de Dios.

Cambia su lenguaje en estos tres capítulos para indicar que su atención se centra en Dios y en **cómo** está cumpliendo sus promesas de restaurar a Israel (nótese el término «Israel», no el de «judío» ni el de «israelita»).

Sigue la línea ya bien trazada de que Dios no obra con todos los descendientes de Abraham, pero va más allá con un argumento (basado en Esaú y Jacob) según el cual la Torá por sí sola es una base insuficiente para afirmar que se es un verdadero descendiente de Abraham.

Israel, que abarca a un pueblo más amplio que la tribu de Judá (y Benjamín), se ha esparcido entre las naciones. Para ser fieles a la promesa, tiene que haber una misión entre las naciones (y esa parte del argumento es fácil de seguir), ya que es allí donde se encuentran las diez tribus del norte. Pablo, sin embargo, va más allá, pues esto no solo significa que aquellos de las naciones que son israelitas pueden

acoger al Mesías, sino que aquellos que no son israelitas étnicos pueden ahora comprender que el Mesías de Israel es el Salvador del mundo, y al incorporarse, quedan injertados en el olivo. Ese olivo es más pequeño que el Israel étnico, pero ahora ellos, como ramas de olivo silvestre, son injertados en Israel. El olivo no es el remanente más el resto que ha sido cortado (por lo que es más pequeño que el Israel étnico), pero tampoco es simplemente el remanente, pues ahora incluye a aquellos de entre los gentiles que han sido injertados (por lo que «Israel» es más grande que aquellos que descienden étnicamente de Abraham). Más pequeño y más grande.

En este proceso, «todo Israel» está siendo salvado y este proceso continuará hasta que entre la plenitud de las naciones.

Algunas preguntas y respuestas prácticas:

¿Dos pactos o uno?

Para quienes sugieren que hay dos caminos de pacto hacia la «salvación», es necesario aclarar cómo se establecerá el «nuevo pacto» con la casa de Israel (Judá e Israel, tal y como afirma Jeremías) y que se trata del pacto que Jesús ha mediado (Heb.

8:6; Lucas 22:20). La promesa y su cumplimiento son uno. No hay un «nuevo pacto» con la casa de Israel y un «nuevo

con los gentiles. Jesús establece el nuevo pacto mediante su muerte y ese nuevo pacto es el cumplimiento de la profecía de Jeremías. Al establecer el nuevo pacto, el «antiguo» queda obsoleto y pronto desaparecerá (una referencia que sugiero es el año 70 d. C. y la destrucción del Templo).

¿Es el Estado de Israel (1948) un cumplimiento de la profecía?

Cualquier restauración de la tierra debe basarse en el arrepentimiento. El Estado moderno de Israel no es una «teocracia», sino un Estado laico; por lo tanto, resulta difícil trazar una línea divisoria entre el «Israel de las Escrituras» y el «Israel de hoy». La creencia de que el Estado moderno constituye un cumplimiento se topa con la clara dificultad de que el cumplimiento de las promesas hechas a Abraham no reside en un pedazo de tierra en Oriente Medio, sino en la administración del «mundo». En lugar de intentar convertir la historia moderna en una interpretación de la profecía (y, sobre todo, dado que en el Nuevo Testamento no se expresa ninguna esperanza de que «Israel» ocupe su tierra), podemos fijarnos en qué gran propósito redentor podría cumplir hoy la tierra llamada «Israel». Sugiero que no hay nada más poderoso que el hecho de que se manifieste una verdadera reconciliación, sobre todo teniendo en cuenta que las tres religiones monoteístas y abrahámicas encuentran allí su punto de referencia.

¿Cómo deberían relacionarse los creyentes (anteriormente) gentiles con los judíos mesiánicos (y viceversa)?

Esta es una cuestión de enorme importancia hoy en día y quizá lo fue aún más en los primeros tiempos del evangelio. Leemos sobre el gran conflicto de Pablo con Pedro y con los «judaizantes» en general en la carta a los Gálatas y

cuando leemos más allá de Romanos 9-11, en los capítulos siguientes, parece claro que le preocupa que se encuentre una salida a las dificultades. En esos capítulos aborda cuestiones relacionadas con la comida y el sábado. No debe haber «desprecio» ni «juicio», y desde luego no debe haber disputas por opiniones (14:1, 2).

En la época de Pablo, a quienes procedían de un entorno gentil no se les exigía someterse a la ley, mientras que quienes procedían de un entorno judío parecían seguir dentro de los límites de la Torá. Cómo convivir era un reto provocador y probablemente no había una única «solución» a ese reto.

Ese desafío sigue vigente.

Lo que no es aceptable es cualquier respuesta que desprecie o juzgue. El amor es el camino. Y el amor no exige que se haga a nuestra manera, sino que nos lleva a un compromiso por un principio superior a la convicción personal. Solo el amor contiene el gran potencial de choque entre culturas y convicciones. La «única humanidad en Cristo» puede que no se manifieste en la uniformidad. Sospecho que la forma en que se manifiesta esa unidad es secundaria, y seguirá siendo un reto. De alguna manera, la cuestión de comer juntos es fundamental (tal y como se manifestó en Galacia) y, al igual que Jesús comía con los pecadores, así también nosotros, judíos o gentiles, comemos unos con otros como pecadores salvados por la gracia. El amor es el cumplimiento de la ley:

«Porque el que ama al prójimo ha cumplido la ley... Por lo tanto, el amor es el cumplimiento de la ley» (Rom. 13:8-10).

¿Deberíamos apoyar a Israel (el Estado), ya que tenemos una deuda con el pueblo de Israel?

¡La acusación de «antisemitismo» podría aplicarse a muchas de las personas que contribuyeron a la redacción de las Escrituras! Los profetas rara vez eran «proisraelíes» y criticaban continuamente a sus contemporáneos por su falta de lealtad a Dios. Jesús dejó claro que serían «los pacificadores» los bendecidos, por lo que no podemos dar nuestro apoyo incondicional a quienes participan en la guerra (vivimos antes del «fin», de ahí que haya añadido el adjetivo «incondicional»).

El Oriente Medio actual se ha visto moldeado en gran medida por la política (pensemos en el acuerdo Sykes-Picot) y, si a eso le sumamos un pueblo traumatizado por el Holocausto y otro traumatizado por la Al-Nakba (la catástrofe), no es de extrañar que se hayan producido conflictos y genocidios atroces. La solución no consiste, desde luego, en intentar encajarlo con interpretaciones (muy dudosas) de las Escrituras, sino en sostener que existe una sanación que puede llegar (y solo puede llegar) a través de aquel que estableció la paz con su propia sangre. Teniendo en cuenta las notas anteriores sobre Romanos 9-11, hay muchos palestinos que descienden de Abraham; y así, «de esta manera», todo Israel puede encontrar la salvación.

Como seguidores de Cristo, el único ser humano verdadero, hay que oponerse a todo comportamiento antihumano y denunciarlo. Los profetas de las Escrituras (tanto los judíos como los del reino del norte) siempre lo han hecho.